

Elsa Osorio

# DOBLE FONDO

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

ELSA OSORIO  
DOBLE FONDO

TUSQUETS  
EDITORES

1.ª edición: febrero de 2018

© 2017, Elsa Osorio  
Con autorización de Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt  
del Meno, Alemania

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-500-8  
Depósito legal: B. 774-2018  
Fotocomposición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

# Índice

Primera parte .....	15
Segunda parte .....	107
Tercera parte .....	209
Cuarta parte .....	311
<i>Apéndices</i>	
<i>Organizaciones e instituciones que aparecen en la novela .....</i>	<i>379</i>
<i>Agradecimientos .....</i>	<i>381</i>

## Capítulo 1 (2004)

La encontraron los pescadores, en La Turballe. Con su vestido de flores, la expresión serena, el cuerpo bien conservado. No hacía mucho que había muerto, dijo el médico forense.

Ahora que he podido atar los cabos, y armar su historia, veo que hasta en eso, en dejar llevar su cuerpo allí, tuvo el sentido de la oportunidad. Ese salvarse como sea que aplicó toda su vida lo conservaba hasta muerta.

De la muerte no se libró, pero sí de que no nos enteráramos nunca. Porque ¿qué hubiera pasado si la marea la arrastraba a otro lado, o la dejaba –como era lo más probable– en el fondo del mar? Y qué hubiera pasado si en el periódico no me hubieran trasladado de la oficina central, en Rennes, a Saint-Nazaire, a cubrir sucesos, por andar husmeando donde no debe, Mlle. Le Bris, la antesala de dejarme prescindible. Y el comisario Fouquet, aunque lo disimula, un buen tipo, y ningún idiota.

No se hubiera sabido nada. No era la primera vez que ella se iba sin dejar rastros. Una más. En un pequeño pueblo perdido de la costa francesa, en el siglo XXI, y bajo otra identidad. ¿Quién iba a sospecharlo?

Fouquet me tiró el anzuelo y yo piqué. Porque fue él quien me dijo que Marie Le Boullec era de origen argentino y que la causa de su deceso era asfixia por inmersión. Poco tiempo atrás había leído un artículo en el periódico que lo había impresionado acerca de los ahogados que hubo en la Argentina en los años

setenta, aparecían en una playa cualquiera, o en las costas del país vecino.

—¿Por qué? ¿Hubo un asesino serial que ahogaba a sus víctimas en Argentina?

—Hubo muchos asesinos seriales y muchísimas víctimas. Varios miles.

—¿Miles? ¿No exagera?

—No exagero, pregúntele a su querido buscador de Internet. Encontrará información. Como no sabían qué hacer con tantos que asesinaban, los arrojaban al mar.

—Bien, una buena historia. Gracias, Fouquet. Ya tengo el artículo para mañana: «La mujer de La Turballe, un asesinato a la argentina».

—Ni se le ocurra. Nadie dijo que es un asesinato. Por el momento es una muerte accidental, quizás un suicidio, dijo el fiscal Thibaud. Oficialmente está en la jurisdicción de la Gendarmería de Guérande. A mí me han dado aviso porque la mujer es de Saint-Nazaire. Se ha podido identificar por sus huellas dactilares, una amiga reconoció su cadáver. Aún no tenemos los resultados de su autopsia.

—Y si es un accidente, ¿por qué la autopsia?

—Lo han pedido el fiscal y el médico forense. Yo también la hubiera pedido. Y el capitán Martino, de Saint-Nazaire, que mandaron a Guérande para reforzar la investigación.

—Aunque sea accidental, es noticia. Los pescadores de La Turballe conmovidos con el cadáver de una mujer. Pero dígame algo más, que necesito lectores.

—Le puedo decir que cayó de mucha altura. Tiene fracturas en sus piernas y en el codo, el impacto del cuerpo contra el agua.

—¿De dónde se puede haber tirado? ¿Qué lugar tan alto y no tan lejos? Porque si su cuerpo está bien todavía, mucho no debe haber viajado.

—La autopsia dirá cuándo murió con más exactitud. No sé de dónde cayó.

—¿Un puente? Debería ser uno muy alto. ¿El de Saint-Nazaire?

—¿Un avión? ¿Un helicóptero?

—¡Avión, helicóptero! ¿Qué dice, Fouquet? Entonces no se suicidó. La mataron y la tiraron.

—No sería asfixia por inmersión la causa del deceso. La mujer estaba viva cuando cayó al agua, se ahogó. ¿Ve la diferencia?

—Pero... entonces... usted cree que la tiraron. No entiendo. ¿Qué significa la coincidencia de esta muerte con los asesinos seriales de Argentina?

—Averígüelo, Muriel.

—Es su obligación, no la mía.

—Pero usted es joven y quiere hacer méritos con el periódico para que no la echen. Yo, en cambio, me quiero ir de vacaciones, y en poco tiempo, jubilarme: gin tonic, novelas policiales y una compañera que me mime.

—¿Y la verdad ya no le interesa?

—Ya no estoy para dar la vida por la verdad. Una verdad que nadie me está pidiendo, por otra parte. ¿Para qué meterme con elucubraciones complicadas? La autopsia confirmará que se ahogó, muerte accidental.

—No le creo, si no no me metería esa espina. ¿Cuánto le queda para jubilarse?

—Un año, o dos.

—Tenemos tiempo, entonces. Hasta pronto.

—Muriel, tampoco se obsesione con la coincidencia del origen de la ahogada y los asesinos seriales de la Argentina. La vida está plagada de coincidencias.

—No se preocupe, no diré más que la información oficial. Ninguna suposición. ¿Qué se sabe de ella?

—Sabemos su nombre, dirección, vivía en Saint-Nazaire, médica de profesión. No tenía más familia que su marido, que murió el año pasado.

—No me diga, ¿ahogado también?

—No, Muriel. De enfermedad. Su amiga y vecina, madame Leroux, denunció su ausencia en Saint-Nazaire antes de ayer, el mismo día que apareció su cuerpo en La Turballe. Sufrió un fuerte shock cuando reconoció su cadáver en la morgue. Es una señora mayor. El médico que la atendió sugirió que se le diera tiempo antes de interrogarla. Y todavía no sé si será la Gendarmería o nosotros quienes tendremos a cargo el caso. Posiblemente los dos. Ellos están haciendo las primeras investigaciones, tomaron las declaraciones al pescador que la encontró y a otros testigos.

»Me dará los datos de la vecina cuando sea posible. Mientras tanto, que busque testigos en La Turballe, algo que le dé color a su nota, que hable con el pescador, que vaya al hospital donde trabajaba. Buena suerte. Ah, Muriel, y lea lo que le comenté, le interesará aunque no tenga ninguna relación con la muerte de la doctora Le Boullec.

Una vez que leí el primer informe en Internet sobre los vuelos de la muerte, ya no pude hacer nada más que leer y leer, aun con las dificultades que me produce leer en español. No fui a La Turballe ni al hospital de Saint-Nazaire ni al de Pornichet, donde trabajaba Marie Le Boullec.

La redacción cerraba y yo no había escrito una sola palabra. Escribí el artículo rápido, con toda la carga emocional de lo que había leído, pero sin decir palabra de mi sospecha.

Le hice caso a Fouquet: no alertar que se está sobre una pista o perderemos al hipotético criminal. Ya tendrá tiempo de contarlo a su gusto si lo encontramos, me dijo con el caso del traficante golpeado en la calle de su barrio. Mudo de miedo, se negó a decir quién lo había agredido. La pista que seguía Fouquet era la menos obvia, nada de ajustes de cuenta entre bandas, sino la noviecita del liceo.



Estoy aprendiendo a decir sin decir. Es un desafío. En el artículo sobre Marie fue apenas una frase que podría ir en la dirección que investigo... o en cualquier otra.

«La *ananké* llamaban los griegos a esa imposibilidad de escabullir el destino, por mucho esfuerzo que haga el ser humano creyéndose libre, la *ananké*, tan cara a los románticos, sobre todo a Victor Hugo, alcanzó a la mujer de La Turballe.»

Pensé que el editor me cuestionaría, las referencias literarias no son del tono apropiado para la sección ni para el periódico, pero ya era tan tarde cuando lo mandé que no deben de haberlo leído. En la sección de política, donde estaba antes en el periódico, no pasan una línea sin editar. Me hubiera gustado escribir mucho más, pero fui prudente.

Era ya de día cuando me fui a dormir, acongojada.

Qué poco sé sobre la historia de América Latina. La prensa siguió con interés la detención de Pinochet en Londres en 1998. Hoy lo vi en el archivo. Y si entonces me impresionó que sus abogados defendieran la tortura, esta sofisticación del mal que es tirarlos vivos y anestesiados al agua me resulta intolerable. Vuelos de la muerte. ¿Cómo se puede ser tan cruel?

¿Será cierto lo que leí en el testimonio de un sobreviviente? Alguien de la jerarquía de la Iglesia en la Argentina, para aliviar a los represores, les citaba la frase bíblica: es necesario separar el trigo de la paja.

Ah, este Fouquet, en la que me metió.

*Tenés razón, Matías, te enganché, como me reprochaste, no para discutir sobre esos tiempos, y la lucha armada, desde distintas perspectivas y desde generaciones diferentes, sino para encontrar una manera de hablar-te de lo que pasó.*

*Yo tenía tu teléfono, había ubicado también el domicilio particular y la oficina de tu padre, sin embargo, el azar —¿el azar o vos?— hizo que nos cruzáramos antes en Internet.*

*El texto que publicaste en el foro sobre las Fuerzas Armadas Revolucionarias fue lo que impulsó mi primer comentario, que siguió con uno tuyo, y después otro mío. Del foro al chat y luego al mail. En cierta forma, vos me buscaste a mí, publicando ese ensayo anónimo, como escribiste. Te pareció extraño que conociera tanto los hechos e incluso las argumentaciones que citaba el artículo, y otras que no figuraban pero que, con el tiempo, se podían ver con más claridad que cuando fue escrito. «¿Sos una de ellos?», me provocabas. «¿Estabas en la lucha armada? ¿Eras de la Orga, del ERP?» Y más fuerte aún: «¿Conociste a una tal Lucía?».*

*No pude escribírtelo entonces por temor a perder ese hilo que comenzaba a ligarnos, pero seré clara ahora: ese artículo que publicaste en el foro lo escribió Lucía. ¿Quién te dijo que Lucía era mi nombre de guerra? ¿Tu padre?*

*Ahora te daré un tiempo para reponerte, si es que no lo sabés, o me lo daré yo para pensar cómo contarte, entre otras cosas, las condiciones en las que escribí ese texto.*

*Escribí la historia de las Fuerzas Armadas Revolucionarias en la Escuela de Mecánica de la Armada, en una oficina pequeña, que habían acondicionado en el sótano. Me lo pidió el más siniestro de los marinos, el más inteligente quizás, el dueño de la vida y la muerte. No era necesario poner nombres, me dijo, no es de inteligencia operativa, es de inteligencia política. El Tigre quería entender cómo surgieron las Fuerzas Armadas Revolucionarias.*

*Le pedí que me trajeran todos los Evita Montonera, Cristianismo y Revolución, El Descamisado y el material que levantaron en casa de los compañeros. Le decía que lo necesitaba. Era cierto, pero menos para escribir el ensayo que por mí misma, porque ahí no se podía pensar, ahí nos lavaban el cerebro con la tortura y con la indignidad a la que nos sometían. Éramos cosas. Números. Y yo necesitaba leer. En los años que siguieron, me acordé varias veces de ese texto, se lo pedí a Raúl. Él me dijo que me lo daría pero nunca me lo dio. Pensé que no lo tenía, que quizás lo guardó el Tigre para él. Lo di por perdido. Imaginate mi sorpresa cuando, tantos años después, lo reconozco en Internet.*

*¿Quién podía haberlo puesto en un foro? ¿Quién estaría bajo tu nick?*

*¿Quién me pidió el artículo? ¿El Tigre? ¿O el mismo Rulo? La idea me hizo temblar, pero era raro que hablaran así, con ese vocabulario tan poco de ellos. Claro que bien podría imitarlo. Pero ¿para qué? ¿Hacer inteligencia a esa altura? Hacía rato que a esa gente no le interesaba más que acrecentar su fortuna. A menos que fuera algo personal. Alguien que me buscaba. Me pareció riesgoso haber dialogado con quien lo puso en Internet. Podrían ubicarme.*

*Después de hablar con vos en el foro y en el chat, descarté esa posibilidad. Mi conclusión fue que Raúl se lo había dado a tu padre, y él a vos, o quizás directamente a vos, un cebo, para que yo reaccionara, si estaba viva. Vos decías que era producto de una investigación. Después de nuestro segundo o tercer chat, por más que los dos tuviéramos seudónimo, yo pude suponer quién eras. No te lo dije entonces porque temí que se rompiera ese débil lazo que nos ligaba. Pero no sería justo seguir sin dejar en claro que yo sabía quién eras mucho antes de que me dieras tu nombre. Y porque sabía quién eras, te enganché para que pudiéramos hablar.*